

EUROPEIZAR ES DEMOCRATIZAR. EL SPD Y LA ESPAÑA DEL TARDOFRANQUISMO

Antonio Muñoz Sánchez
Accésit al I Premio Javier Tusell

En la mañana del sábado 15 de noviembre de 1975, mientras el dictador Francisco Franco agonizaba en una clínica madrileña, el joven líder del PSOE, Felipe González, dirigía desde la tribuna del Congreso del SPD en Maguncia una apasionada llamada a los demócratas europeos para que contribuyeran al pronto renacer de la libertad en España. González hacía su petición de manera peculiar:

Durante muchos años la experiencia ha demostrado que las actitudes de aceptación de un régimen autocrático con la esperanza de forzar su democratización ha producido el efecto contrario. Hoy, que de nuevo se abren grandes perspectivas [para el triunfo de la democracia en España], nosotros los socialistas advertimos la responsabilidad histórica de los europeos si el error se repitiera. Todos los países democráticos de Europa y del mundo tienen el deber de apoyar el proyecto democrático de la oposición española.¹

Esta cita es relevante porque no encaja en la explicación tradicional sobre la posición de la España de Franco en la política europea, y muy especialmente en el proceso de integración europea. Durante décadas se ha dado por buena la idea de que, pese a su creciente interrelación con los países al norte de los Pirineos, la España de Franco nunca dejó de ser un paria en Europa. La mejor muestra de ello habría sido el raquítico Acuerdo Preferencial con la Comunidad Económica Europea (CEE) de 1970.²

Como único actor capaz de hacer realidad el deseo de los españoles de integración plena en la Comunidad, la oposición a Franco habría sido la verdadera beneficiada en términos políticos de la relación con Europa. Porque *européismo* se identificó con *democracia*, y se convirtió en un instrumento poderoso de los antifranquistas para socavar la dictadura y forzarla a acometer su propia disolución tras la muerte de Franco.³ Según esta misma interpretación, los partidos socialistas europeos habrían hecho todo cuanto estaba en sus manos contra los intereses de Madrid en la CEE y apoyado a los compañeros españoles en su lucha por la conquista de las libertades.⁴

Sin embargo, las investigaciones más recientes han puesto en cuestión estas ideas al demostrar de forma irrefutable que las democracias occidentales nunca presionaron a la dictadura franquista para que acometiera una apertura política.⁵ El mayor especialista sobre las relaciones entre la CEE y España ha llegado a decir que «the EC [European Community] record in effectively defending human-rights and democratic values in Spain under Franco was nil, and [...] more inclined to passively support the then existing authoritarian regime than to actively erode it».⁶ Estas revelaciones arrojan luz sobre las palabras de González y reclaman una nueva agenda en el estudio de las relaciones de España con los países europeos y con la CEE, que habrá de explicar cuales fueron las verdaderas motivaciones de los Seis/Nueve hacia el régimen de

Franco y, en fin, la influencia que sus políticas tuvieron en el proceso que llevó a España de la dictadura a la democracia.

El presente artículo pretende ser una pequeña contribución en este sentido. Trata de la política española de la más influyente organización de izquierdas de Europa occidental durante la Guerra Fría, el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD). Sostiene que este partido apoyó durante la última década de la dictadura de Franco su participación en el proceso de integración europea precisamente por considerar que esa era la clave de la futura conversión del régimen en una democracia. Comienza analizando las razones por las que el SPD asimiló a mediados de los años sesenta la posición del gobierno conservador alemán de defender la posición de España en la CEE como piedra de toque de la relación de la RFA con ese país. Continúa explicando la implementación de esta política durante la Gran Coalición y la Era Brandt, y expone los argumentos de los que se oponían a ella dentro de la izquierda alemana, española y europea. Concluye mostrando cómo el temor a que la autodisolución del régimen se viera gravemente perturbada por el impacto de la Revolución de los Claveles en Portugal llevó a Bonn a dar mucha mayor relevancia a un factor de su política hacia España hasta entonces casi marginal: el apoyo a la oposición democrática y particularmente al PSOE de Felipe González.

La RFA hacia un consenso en su política hacia la España de Franco

El *Informe Birkelbach* y el *Informe Rengen* son viejos conocidos de los estudiosos de las relaciones entre el régimen de Franco y Europa. Los dos se presentaron en 1961 y dificultaron el primer intento de España de acercarse a la Comunidad Económica Europea en febrero del año siguiente. Lo que no se suele considerar sin embargo es que sendos informes con nombre de diputados del SPD son testimonios tardíos de una estrategia política altamente ideologizada

de la que los socialdemócratas alemanes se estaban apartando a marchas forzadas al iniciarse la década de los sesenta para intentar ganarse la confianza de una población abrumadoramente conservadora que les había convertido en oposición eterna al canciller Konrad Adenauer. La fe ciega puesta por el SPD desde su congreso de Bad Godesberg (noviembre de 1959) en el progreso económico como motor de la consolidación y expansión de la democracia en el mundo iba a ser la clave del arco de una política mucho más pegada a la realidad, y en lo que se refiere a España de una línea menos combativa que la inspirada por los referidos informes pero, así se esperaba, más eficaz para contribuir desde la RFA a que el país se viera un día libre de la dictadura de Franco.

En el ambiente de distensión que dominó la política europea después de la *Crisis de los misiles* de octubre de 1962, el SPD pudo mirar por vez primera sin prejuicios ideológicos a la España franquista. Lo que descubrió fue una nación inmersa en un frenético proceso de modernización auspiciado por una política económica que resultaba modélica para todos los países en vías de desarrollo, y con esperanzadores signos de aperturismo político.⁷ Para conocer más de cerca esa realidad española que parecía negar la principal conclusión del *Informe Rengen*, el SPD dio por concluida la total incomunicación existente hasta entonces con el régimen y buscó el contacto discreto con miembros de su administración. Los argumentos que estos presentaron fueron coincidentes: nadie en España deseaba la repetición de un conflicto civil y por ello había que poner los medios para evitar la polarización política; el aislamiento del régimen defendido por el socialismo europeo no ayudaba en absoluto a esa dinámica sino que, al contrario, favorecía a los extremismos de derecha e izquierda; la democracia sólo podría emerger tras la muerte del Caudillo si surgía en España una fuerza de izquierda moderada, y por ello los socialistas europeos debían implicarse en su desarrollo.⁸

Poco después de ser elegido presidente del

SPD en febrero de 1964, Willy Brandt reconoció ante la ejecutiva de su partido que la estrategia tradicional de la organización dirigida a promover el aislamiento internacional del régimen de Franco estaba periclitada, y era por ello necesario proceder a su *aggiornamento*. En un lenguaje similar al utilizado por su hombre de confianza Egon Bahr en una polémica conferencia meses atrás en la que abogó por normalizar las relaciones con los regímenes comunistas como primer paso para favorecer su evolución interna, Brandt pidió a sus compañeros de dirección un acercamiento desapasionado a la realidad española que permitiera a la izquierda alemana encontrar la forma de ayudar a que el proceso de cambios que ya estaba en marcha en el país se consolidase.⁹ En este sentido, la intención de Madrid de aproximarse a la CEE no debía ser considerada como algo negativo sino, muy al contrario, como una oportunidad única para contribuir desde la Europa democrática a acelerar el proceso de formación de una sociedad moderna en España y para incrementar las tendencias pro-europeas y pro-democráticas dentro de la propia dictadura. Siguiendo la línea marcada por Brandt, el SPD dio la bienvenida a la decisión del Consejo de la CEE en junio de 1964 de iniciar un diálogo con Madrid, en el convencimiento de que la progresiva integración económica de España en la Comunidad provocaría *necesariamente*, por las leyes de la modernización, la instauración de una democracia en el país a largo plazo.¹⁰

Con esta decisión los socialdemócratas alemanes asimilaron la esencia de la política de los gobiernos conservadores de Konrad Adenauer y Ludwig Erhard hacia España, que perseguía atraer al país al proceso de integración europea no sólo por el beneficio que reportaría al comercio bilateral sino también porque serviría para poner al régimen de Franco en la vía de la lenta evolución hacia un estado de derecho.¹¹ Sin embargo, en línea con su estrategia de oposición constructiva, el SPD quiso introducir un elemento novedoso en la política de la RFA hacia España: la promoción activa en este país del

européismo democrático. Para hacerlo posible, el partido decidió romper el *cordón sanitario* que la izquierda europea había impuesto al régimen permitiendo que su vicepresidente Fritz Erler aceptase la invitación de una institución académica franquista para visitar Madrid en abril de 1965. Durante su estancia de un día en la villa del Manzanares, Erler dio una conferencia sobre el programa de Bad Godesberg, cenó con dirigentes del Sindicato Vertical, se entrevistó con el ministro José Solís, se reunió con Enrique Tierno Galván y otros socialistas de la capital, y dio una rueda de prensa en la que dejó claro que España no podría entrar en la CEE hasta que no fuese una democracia.¹² En la RFA, inmersa ya en la precampaña electoral, el viaje a Madrid del probable futuro ministro de Exteriores tuvo un eco extraordinario. Todos los medios de comunicación aplaudieron aquel contacto crítico del SPD con la España de Franco que, por un lado, demostraba la madurez y sentido de responsabilidad de la oposición, y, por otro, constituía una clase práctica de aquella política de *cambio mediante acercamiento* que los socialdemócratas proponían por entonces para las dictaduras del este de Europa.¹³

El SPD, que había madurado su nueva posición hacia el franquismo sin contar con los demás partidos socialistas europeos, confiaba que con el exitoso viaje de Erler estos acabasen reconociendo las ventajas de una estrategia que, en definitiva, buscaba sentar las bases de la futura democracia española.¹⁴ Pero esta era una esperanza vana. Al contrario que el SPD, la mayoría de los partidos socialistas europeos no habían sufrido un proceso de absoluta desideologización, y la mitificada guerra civil ofrecía enormes resistencias al desarrollo de actitudes que pudieran ser vistas por sus bases como una concesión al régimen y como una traición a los demócratas españoles. Esta percepción era además alimentada por el PSOE, que seguía aferrado a la política del aislamiento internacional como única forma de forzar el final del franquismo,¹⁵ y que veía al socialismo que es-

taba surgiendo en España como una peligrosa amenaza al monopolio de los contactos internacionales, esenciales para su supervivencia como organización exiliada. Si no querían ser involuntarios colaboradores del fascismo, explicaba en diversos foros el secretario general del PSOE Rodolfo Llopis, los socialistas europeos debían evitar cualquier tipo de contacto con España, incluso con gentes de la oposición como Tierno ya que eran toleradas e incluso promovidas por el régimen en su intento de convencer a los Seis de que estaba en marcha un proceso de liberalización política. Siguiendo estos razonamientos, el PSOE denunció la decisión de la CEE en 1964 de abrir un diálogo con el gobierno de Madrid como «un acto vejatorio con la dignidad del pueblo español»¹⁶ y criticó el viaje de Fritz Erler a la capital de España como una recompensa intolerable del SPD a los esfuerzos del franquismo por obtener reconocimiento internacional.¹⁷

Mientras la mayoría de los socialistas europeos daba por bueno apoyar, *sotto voce*, que España negociara un acuerdo comercial con la CEE y al mismo tiempo respaldar el boicot formal al franquismo que les reclamaban los compañeros del PSOE, la socialdemocracia alemana siguió creyendo necesario superar aquella incongruencia y dar con la clave que permitiera una fusión armónica entre *antifranquismo* y *européismo*. Especialmente combativo en este punto se mostró el sindicato IG Metall, y sobre todo sus dirigentes Max Diamant y Hans Matthöfer, este último diputado del SPD en el Bundestag. Caso único en Europa, el IG Metall se había implicado muy activamente en el trabajo de socialización democrática de los trabajadores españoles que llegaban a la RFA en el marco del Acuerdo de Emigración de 1960, y había logrado atraerse a una parte considerable de ellos (20.000 afiliados en 1965). Además, el sindicato respaldaba a los socialistas que actuaban en España, especialmente a la Alianza Sindical Obrera (ASO), que como las Comisiones Obreras trabajaba por la democratización del Sindicato Vertical franquista. El IG Metall entendía que la imperiosa

necesidad del Régimen de acercarse a la CEE daba a la izquierda europea un instrumento de presión único para forzar la apertura de *parcelas de libertad* al movimiento democrático español. Para explotar esta baza, era necesario que el conjunto de la izquierda europea abandonara su respetable pero estéril fidelidad al PSOE y la UGT y se volcara en apoyar a la ASO y a los demás renovadores del socialismo en España.¹⁸ Todo ello para desesperación de Rodolfo Llopis y sus compañeros exiliados, que hubieron de dedicar buena parte de sus energías en aquellos años a combatir lo que ellos quisieron presentar como una *conspiración internacional* orquestada contra las únicas organizaciones españolas que merecían ser llamadas socialistas y que, por supuesto, no eran otras que las suyas.¹⁹

A mediados de 1966 prominentes europeos como Salvador de Madariaga y Enrique Gironella buscaron el respaldo de la socialdemocracia alemana para organizar una repetición del Congreso de Munich. Se trataba de reunir de nuevo a la oposición española del exilio y del interior para que pactasen un catálogo de reformas que el Régimen tendría que ir acometiendo si deseaba avanzar en su relación con la Comunidad Económica Europea. Ese catálogo debía ser asumido por los partidos socialistas de los Seis, quienes a su vez intentarían imponerlo como de obligado cumplimiento al conjunto de las fuerzas políticas de la Comunidad. Willy Brandt ofreció el apoyo del SPD a este congreso, que encajaba perfectamente en la política que su partido defendía de presión constructiva desde Europa para lograr la progresiva apertura del franquismo. Con ayuda del SPD los españoles ampliaron sus contactos y lograron el aval de la fracción socialista del Parlamento Europeo.²⁰ Sin embargo, cuando Rodolfo Llopis tuvo conocimiento de la iniciativa montó en cólera e impuso su boicot al congreso, consciente de que su celebración daría un impulso definitivo entre la izquierda europea a las ideas del SPD y del IG Metall de otorgar protagonismo al socialismo del interior de España en perjuicio

del PSOE y la UGT. Como reacción, el secretario general del Comité Federal Español del Movimiento Europeo, Enrique Gironella, presentó la dimisión convencido de que sus esfuerzos por coordinar en torno a la idea europeísta a la oposición española resultaban inútiles cuando su principal exponente, el PSOE, era incapaz de mirar más allá de sus propios intereses.²¹

Ante la inexistencia de una oposición antifranquista constructiva en la que inspirarse y apoyarse, el SPD acabaría entrando en el gobierno alemán a finales de 1966 sin un plan alternativo para las relaciones con España al que ya venían desarrollando los gobiernos conservadores de Bonn.²² Apenas un par de días después de crearse la Gran Coalición, el nuevo ministro de Exteriores Willy Brandt envió un emisario a Madrid con la labor de tranquilizar al gobierno de Franco sobre sus intenciones. España, les hizo saber el presidente del SPD, podía estar segura de que la RFA seguiría defendiendo con la misma firmeza que hasta entonces los intereses del país en la CEE.²³

La política del SPD hacia España durante la Gran Coalición y la Era Brandt

En el debate abierto en la Comunidad Económica Europea a comienzos de 1967 sobre el tipo de acuerdo que se debía ofrecer a Madrid, la posición del SPD estuvo determinada por las grandes expectativas despertadas entonces respecto a la evolución en España y en la propia CEE. En cuanto a España, la recién aprobada Ley Orgánica del Estado (LOE) apareció a ojos de Bonn como el primer paso de la definitiva apertura del régimen que allanaría el camino a la democracia tras la muerte de Franco.²⁴ Por su parte, la Comunidad parecía estar ante su primera ampliación, que abarcaría a varios países del norte de Europa.²⁵ En ese contexto, el SPD defendió la asociación de España a la CEE, y así lo expuso públicamente para intentar ganar adeptos a la idea. El encargado de explicar por qué la izquierda alemana veía necesario convertir en

papel mojado el *Informe Birkelbach* fue el eurodiputado y futuro ministro Hans Apel, mediante un artículo que alcanzó amplia difusión en Europa. Apel comenzaba diciendo que, dada la ambigüedad de los Tratados de Roma en lo referente a los requerimientos políticos para la asociación o la adhesión a la CEE, la petición española de asociación requería de una respuesta política. Esa respuesta sólo podía ser positiva porque el acuerdo de asociación intensificaría las relaciones entre España y Europa, verdadero motor de los positivos cambios económicos, sociales y políticos por los que el país ibérico estaba atravesando en los últimos años. Asociar España a la CEE no significaba apuntalar al régimen de Franco, sino muy al contrario «perseverar hoy en los objetivos de los republicanos derrotados [en la guerra civil]». A quienes considerasen que la asociación de una dictadura amenazaba la esencia democrática del proceso de integración europea, Apel respondía con el argumento de que la esperada entrada en la Comunidad de países del norte con gobiernos de izquierda reforzaría el carácter progresista de la CEE y haría menos arriesgada aquella «aventura española».²⁶ Finalmente, y después de que el presidente francés Charles De Gaulle decidiera apagar las luces de una posible ampliación, Francia y Alemania no fueron capaces de mover al resto de países miembro de sus posiciones contrarias a la asociación de España, y a mediados de 1967 el Consejo ofreció al gobierno de Madrid negociar un Acuerdo Preferencial cuyo objetivo era la creación de una unión aduanera.²⁷

Irónicamente, el mismo *zeitgeist* que a finales de los años sesenta favorecía la puesta en marcha de la *ostpolitik* iba a significar un obstáculo para la profundización de relaciones con el régimen de Franco según pretendía el SPD en el gobierno como parte de su estrategia de *europeización* de España. En la RFA, donde la revuelta estudiantil adelantó sus comienzos a la primavera de 1967, el golpe militar en Grecia y los bombardeos del Ejército portugués sobre población civil en sus colonias africanas con

aviones de fabricación alemana tuvieron enorme eco en una sociedad fascinada por la novedosa imagen televisiva, y confrontaron por vez primera al ciudadano medio con la cuestión de los derechos humanos en las dictaduras no comunistas de Europa y la política de su gobierno hacia las mismas.²⁸ Por lo que respecta a España, el freno de las reformas y el recrudecimiento de la represión contra sindicalistas y estudiantes a partir de 1967 fueron seguidos con interés por los *media* alemanes, dañando seriamente la hasta entonces benévola imagen que la población tenía del régimen de Franco.²⁹ La opinión pública alemana tuvo también muy presente las injusticias cometidas por la dictadura gracias a los emigrantes españoles, que cada vez en mayor número y con más frecuencia se manifestaron por las calles de las principales ciudades de la RFA reclamando libertad para su patria.³⁰

En este nuevo ambiente se alzaron también en el SPD las voces hasta entonces muy minoritarias de quienes no aprobaban la línea pragmática de la dirección del partido hacia España. Como líder de este grupo actuó Hans Matthöfer, que por su intensa dedicación a los asuntos hispanos acabaría ganándose el apodo de *parlamentario por Barcelona*.³¹ Molesto con el artículo de su compañero Hans Apel, con las visitas de parlamentarios del SPD a España invitados por el régimen, con las declaraciones del ministro socialdemócrata de Economía Karl Schiller a favor de la asociación de España a la CEE y con las cada vez más frecuentes visitas de ministros franquistas a la RFA, Matthöfer denunció públicamente la estrategia de la Gran Coalición dirigida a hacer a la España de Franco «poco a poco presentable a los ojos de la opinión pública alemana y europea». En lugar de actuar como hasta entonces cual «portavoces» de Madrid en Bruselas, los ministros del SPD debían, según Matthöfer, respetar las resoluciones de la Internacional Socialista y de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, y oponerse a cualquier tipo de acuerdo de España con la Comunidad mientras

el Régimen no respetase los derechos civiles.³²

A medida que la desaparición de Franco se acercaba, la pugna entre las familias del Régimen se intensificaba. En esta lucha, los *aperturistas* buscaron el apoyo de los gobiernos amigos, y muy especialmente de Francia y Alemania. Presentándose como criptodemócratas acosados por las poderosas fuerzas reaccionarias del régimen,³³ argumentaban que la clave para que ellos pudieran acabar ganando la batalla y dominando el postfranquismo era que se potenciara el acercamiento a Europa. Si, por el contrario, el acuerdo con la CEE entonces en proceso de negociación acababa decepcionando las esperanzas en él depositadas, se produciría un descrédito general del *européismo* entre las fuerzas vivas del país y el fortalecimiento del sector autárquico-nacionalista, que daría definitivamente la espalda a Europa y frenaría toda posibilidad de liberalización política. Estos razonamientos fueron el *mantra* de muchas conversaciones privadas entre dirigentes de ambos países, como por ejemplo la que mantuvieron el ministro de Exteriores Fernando Castiella con el canciller Kurt-Georg Kiesinger durante la única visita oficial de un jefe democrático de gobierno europeo a la España de Franco.³⁴ La embajada alemana, que desde hacía años defendía que no había cambio positivo en España que no viniera de la creciente vinculación con Europa, era de la misma opinión que los reformistas, y permanentemente advirtió a su gobierno en Bonn de que cualquier obstáculo a las aspiraciones de Madrid en la CEE acabaría por detener el tortuoso caminar —«dos pasos adelante, uno atrás»— que el país estaba siguiendo hacia un futuro democrático.³⁵

Convencido de la solidez de estos argumentos, Willy Brandt siguió defendiendo la normalización de las relaciones bilaterales y aceptó visitar Madrid en la primavera de 1968 dentro de la ronda de consultas de los ministros de Exteriores acordada tres años antes. Ni los socialistas españoles, ni sectores influyentes de la izquierda alemana y europea fueron capaces de conven-

cer al presidente del SPD de que la cancelara.³⁶ Si la visita no se produjo finalmente se debió a su coincidencia con el viaje oficial del canciller Kiesinger, que éste decidió sin consultar al ministro Brandt.³⁷ En el invierno de 1969, el estado de excepción decretado en España provocó manifestaciones en Alemania lideradas por los activos grupos de emigrantes antifranquistas, y protestas por la amistosa posición del gobierno de coalición hacia el régimen de Franco, puesta torpemente en evidencia en aquellos mismos días con la entrega de la Gran Cruz del Mérito Civil de la RFA a Manuel Fraga.³⁸ Incluso ante esta ola de críticas, Willy Brandt se mantuvo en sus posiciones y únicamente aceptó reducir el flujo de visitas de ministros para evitar que la oposición española y la izquierda de países con fuerte opinión antifranquista como Holanda y Escandinavia pudieran creer que «apoyamos al régimen de forma incondicional».³⁹ En lo referente a las negociaciones de España con la CEE, Bonn decidió apoyar todas las reivindicaciones de Madrid, «para continuar fortaleciendo el sector liberal dentro de la actual realidad política española. Con ello servimos más a los intereses españoles a largo plazo de lo que lo haríamos a través de una postura puramente negativa».⁴⁰

En octubre de 1969, una semana después de que Willy Brandt prometiese como canciller del primer gobierno alemán de postguerra de mayoría socialdemócrata, Franco formó un nuevo gabinete dominado por ministros tecnócratas. Este gobierno presentó como una de sus prioridades el incremento de las relaciones con la CEE. El Acuerdo Preferencial que pronto se cerraría, aunque altamente beneficioso para España, no sería sino el primer impulso de una carrera mucho más ambiciosa. Considerando los obstáculos políticos a la adhesión mientras Franco viviera, siempre maquillados por el Régimen a la ciudadanía, Madrid intentaría alcanzar la asociación y para ello estaría dispuesta a tomar «las medidas políticas de orden interno necesarias para dar a España un rostro democrático».⁴¹ Bonn saludó a este gobierno *uropeísta*, y

decidió trabajar en Bruselas por una asociación que no fuese un «producto acabado» sino más bien «dinámico», que pudiera desarrollarse «en el futuro en dirección hacia una plena adhesión» de España en la Comunidad.⁴² Se retomaba así la idea de 1967 de aprovechar la ampliación de la CEE hacia el norte, que tras la retirada de De Gaulle estaba de vuelta en la agenda comunitaria, para abrir la mano lo más posible a España. Con ello los *aperturistas*, ahora mayoría en el gobierno, acabarían imponiéndose definitivamente a los *inmovilistas* y, una vez muerto Franco, podrían liderar un cambio democrático desarrollando todas las potencialidades de la LOE.⁴³

Pero los últimos años de la dictadura de Franco iban a ser mucho menos armoniosos de lo esperado, también en relación con Europa, donde la hostilidad de la opinión pública hacia las autocracias del sur del continente no dejaba de aumentar. Ante el creciente activismo democrático en España, el Régimen sólo supo contestar con represión, lo que multiplicó en el exterior el eco de los conflictos internos, dañando gravemente la imagen *aperturista* del gobierno y diluyendo sus deseos de asociación con la CEE. El punto de no retorno llegó en diciembre de 1970 con el Proceso de Burgos, que provocó la primera protesta masiva en Europa contra el régimen de Franco, a su vez contestada en España con manifestaciones orquestadas de apoyo al Caudillo que reforzaron a los *inmovilistas* contrarios a las reformas.⁴⁴

En el SPD, la solidaridad con los demócratas españoles se convirtió en elemento inherente de un izquierdismo reverdecido por los miles de jóvenes que entraron en el partido después de la Revolución del 68. El líder natural del *lobby antifranquista* en el SPD siguió siendo Hans Matthöfer. Entre sus numerosas iniciativas se contó el apoyo, una vez desaparecida la ASO, a los renovadores del PSOE y la UGT para que desbancaran a los exiliados y lograsen extender su influencia en el interior, donde la fuerza del Partido Comunista de España (PCE), especial-

mente gracias a su influencia en las Comisiones Obreras, comenzaba a preocupar seriamente a la izquierda moderada de Europa.⁴⁵ Matthöfer no contará sin embargo en este punto con la complicidad de la dirección del SPD, que a comienzos de los años setenta seguía prefiriendo el socialismo moderado del Partido Socialista del Interior (PSI) de Enrique Tierno Galván, al que venía apoyando a través de la Fundación Friedrich Ebert.⁴⁶

En vista de la creciente hostilidad al norte de los Pirineos, el régimen español temió que su periplo europeo iniciado con el Acuerdo Preferencial de junio de 1970 acabara convirtiéndose en un calvario. Considerando intolerables ciertas declaraciones procedentes de la Comisión y del Parlamento Europeo tras conocerse las sentencias a muerte a seis miembros de ETA en Burgos, el gobierno de Franco informó a Bonn de que no descartaba cancelar el Acuerdo Preferencial.⁴⁷ Aunque no pensó que se pudiera llegar a tanto, el gobierno alemán sí tomó muy en serio las negativas consecuencias que un incremento de la presión externa podía tener sobre la política española en aquel periodo final de la dictadura. Por ello, buscó disminuir los efectos del activismo antifranquista en Europa y en la RFA sobre las relaciones bilaterales y sobre las relaciones España-CEE. Ya durante el Proceso de Burgos, el embajador español pudo informar con satisfacción a su ministro de que los partidos que formaban el gobierno alemán habían logrado evitar un debate en el Bundestag e incluso cualquier declaración oficial sobre el tema, «pese a que, según me ha dicho [el secretario general del SPD] Hans-Jürgen Wischnewski, estaban bajo una enorme presión».⁴⁸ Bonn contribuyó también a que el Consejo de la CEE no aceptara la petición de la fracción socialista del Parlamento Europeo de imponer estipulaciones políticas al desarrollo del Acuerdo Preferencial, argumentando que el acuerdo tenía un «carácter puramente económico».⁴⁹ Al final, la *despolitización* de las relaciones España-CEE acabaría convirtiéndose en una regla de

oro para la coalición social-liberal liderada por Willy Brandt. Cuando en febrero de 1974 Salvador Puich Antich fue sentenciado a muerte, la presidencia alemana de turno propuso que el Consejo no pidiera el indulto, argumentando que estaba fuera de la competencia del máximo órgano de decisión de la CEE «tomar posición en asuntos internos de otros países».⁵⁰

Pese a la influencia cada vez mayor de la oposición a Franco, los líderes del SPD no tomaron nunca en consideración la posibilidad de que pudiera desestabilizar la dictadura, por no hablar ya de sustituirla.⁵¹ La llegada de la democracia a España después de Franco, cualquiera que fuese su calidad, sólo sería posible mediante un proceso de evolución totalmente controlado por el gobierno.⁵² En este sentido, Bonn depositaba todas sus esperanzas en el príncipe don Juan Carlos, quien de forma inequívoca les hizo saber, como muy tarde en 1972, su voluntad de poner en marcha un proceso de democratización cuando sucediera a Franco.⁵³ Así las cosas, el gobierno de Willy Brandt entendió que Europa debía seguir apostando por el programa reformista del gobierno de 1969 que había sido frenado por la presión de los *inmovilistas* y de la oposición democrática. El ministro de Exteriores Walter Scheel lo expresó así públicamente durante su visita a Madrid en 1972: «Nos satisfaría ver mayores progresos en el proceso de armonización de la economía y de las estructuras políticas necesario para la entrada [de España en la CEE]. Armonía no significa identidad [total con el modelo político de Europa occidental]».⁵⁴

La política no ideológica del gobierno Brandt-Scheel hacia España y su apoyo a los intereses de Madrid en la CEE irritó a muchos socialistas españoles, europeos y alemanes. El PSOE agradecía el apoyo que el SPD brindaba a aquellos de sus miembros perseguidos en España, pero al mismo tiempo lamentaba profundamente la que consideraba era una política de apaciguamiento de la dictadura.⁵⁵ La dirección del PSOE en Toulouse se guardó sin embargo de airear sus diferencias abismales con los socialdemócratas ale-

manes, pues caso de hacerlo sólo evidenciaría la orfandad internacional del partido y daría alas a los renovadores del interior que pugnaban por desbancar a sus veteranos líderes. Este silencio se rompería sin embargo excepcionalmente en la primavera de 1970, cuando Walter Scheel decidió reunirse en Madrid con Enrique Tierno Galván y otros representantes de la oposición moderada para compensar las críticas en Alemania a su viaje. Promover de manera tan espectacular ante la opinión pública europea y española al líder del PSI pareció al PSOE un acto intolerable e insolidario por parte de los compañeros alemanes. Como respuesta, *Le Socialiste* hizo una denuncia en toda regla de la política de *cambio mediante acercamiento* de Willy Brandt hacia la España de Franco:

[El SPD considera] que sólo una aproximación entre las dos Alemanias puede conducir a una liberalización de la dictadura comunista de Walter Ulbrich. Pero si este análisis pudiera resultar acertado para Alemania oriental, aplicado a España resulta falso por la experiencia de más de 30 años de dictadura franquista. [...] Las medias tintas se traducen en una complicidad en la opresión del pueblo español [...]. No exigimos de la RFA ni de nuestros compañeros socialdemócratas una intervención más activa en apoyo de nuestra lucha. Pero denunciamos [aquellas de sus acciones] que son tan perjudiciales para la lucha del pueblo español por sus libertades fundamentales como los créditos y ayudas financieras que [...] concede el Gobierno federal alemán a los oligarcas de España.⁵⁶

En la Internacional Socialista o en el Buró de Partidos Socialistas de la CEE, el SPD se negó a seguir a algunos partidos en su pretensión de regresar a una política de abierta hostilidad hacia el franquismo como la de los años cincuenta. Con ocasión del Proceso de Burgos, el SPD boicoteó un texto consensuado por los demás partidos porque condenaba explícitamente el régimen español.⁵⁷ A finales de 1972, cuando se debatía una revisión del Acuerdo Preferencial para ajustarlo a la inminente ampliación de la Comunidad, los sindicatos alemanes y la izquierda española pidieron en vano a Willy Brandt que

la RFA llevara a la agenda de las negociaciones condiciones de tipo político para el Régimen.⁵⁸ Con esta actitud, el poderoso SPD apareció ante los socialistas europeos mejor informados como responsable de que Madrid no viera realmente en ellos «una barrera para la aproximación de España a la CEE».⁵⁹

El *lobby antifranquista* del SPD no pudo revertir la tendencia posibilista de sus líderes, y hubo de conformarse con pequeñas y muy trabajadas victorias. Cuando en la primavera de 1971 el miembro del PSOE y del SPD Carlos Pardo fue detenido en Barajas y puesto a disposición del Tribunal de Orden Público para juzgarlo por injurias al Jefe del Estado en la revista alemana para emigrantes *Exprés Español*, el SPD decidió no pedir su liberación. Pero Hans Matthöfer se rebeló, movilizó a la opinión pública de izquierdas y tras una dura discusión con los dirigentes de su partido logró que estos aceptasen amenazar al gobierno de España con cancelar el Acuerdo de Emigración de 1960. Apenas tuvo noticia de que tal iniciativa iba a ser llevada al Bundestag, Madrid liberó a Carlos Pardo. No acabarían ahí los desencuentros entre la dirección del SPD y Matthöfer, quien rechazaba por indigno de un gobierno de izquierdas el argumento de que la presión sobre Madrid pondría en peligro proyectos millonarios de la industria alemana en España como la introducción del sistema de TV en color PAL de Siemens. Matthöfer tampoco lograría convencer a los líderes de su partido para que mostraran mayor atención a los renovadores del PSOE, a los que durante años sólo les quedó lamentar la actitud de «esos compañeros de mirada fría y amable que te escuchan sin oírte y para los cuales España y el socialismo español en especial son inexistentes».⁶⁰ El escepticismo del SPD hacia el PSOE quedaría crudamente de manifiesto con ocasión del congreso de Suresnes, al que el partido alemán envió una delegación compuesta por una sola persona, una funcionaria del Departamento de Relaciones Internacionales sin ninguna relevancia política.⁶¹

Cuando en la primavera de 1974 la Era Brandt se aproximaba a su inesperado final, la coalición social-liberal realizaba un balance global positivo de su política hacia España. Contrariamente al Estado Novo portugués, que había utilizado los crecientes lazos económicos y políticos con la RFA y otras democracias europeas para estabilizar el régimen y mantener *manu militari* su fantasía colonial en África⁶², el franquismo parecía caminar, lenta pero inexorablemente, hacia su propia disolución en su voluntario acercamiento a Europa. Aunque las reformas anunciadas en 1969 habían quedado en nada, el debate sobre cómo alcanzar la *democracia a la española* era ya omnipresente en el país. Los dirigentes franquistas no eran por supuesto demócratas, pero tenían plena conciencia de que después de Franco la legitimidad del sistema y de la propia monarquía se desvanecería rápidamente si ellos no eran capaces de implantar en España un sistema parlamentario, condición imprescindible para que se cumpliera el *destino manifiesto* de la nación: la plena integración en la CEE. Traer la democracia sin romper el Régimen era precisamente el gigantesco reto que se impuso el gobierno de Carlos Arias Navarro constituido en enero de 1974. Travestido de liberal, el nuevo presidente se descolgó con un sorprendente programa que daría al país unas así llamadas *asociaciones políticas*, original versión española de los partidos políticos. El SPD dio la bienvenida a Arias en el convencimiento de que con él «las posibilidades de una genuina liberalización, que por supuesto sólo será efectiva a largo plazo», eran reales.⁶³

Temor a la infección portuguesa: Helmut Schmidt y la agonía del régimen de Franco

El cálculo de los estrategias de la política exterior alemana era que la *ostpolitik* contribuiría a crear un *Orden Europeo de Paz* en el cual las dictaduras de cualquier signo, libres ya de toda presión externa, evolucionasen voluntariamente para así poder acercarse a la CEE.⁶⁴ Estas

esperanzas se quebraron, sin embargo, de forma inesperada con la crisis del petróleo de noviembre de 1973, cuya capacidad desestabilizadora se mostró en toda su dimensión en el flanco sur del continente europeo.⁶⁵ Cómo la RFA, en su papel de potencia occidental menos afectada por la depresión económica y más interesada en que no se malograra la distensión europea, respondió a esta crisis mediterránea de mediados de los años setenta es una cuestión de gran interés que sólo muy recientemente está siendo abordada por la historiografía.⁶⁶ En el caso de España, no hay duda de que la posición alemana se vio muy influida por el temor a que la transición al postfranquismo pudiera verse afectada por la caótica Revolución de los Claveles que tenía lugar en la vecina Portugal.

El colapso incruento del Estado Novo el 25 de abril de 1974 y la festiva explosión de libertad que siguió tuvieron un enorme impacto en España.⁶⁷ Los *inmovilistas* se reorganizaron y lanzaron una agresiva campaña contra las reformas de Carlos Arias Navarro, mientras que la oposición floreció, llegándose a la creación en verano de aquel año de una *Junta Democrática* dominada por el Partido Comunista de Santiago Carrillo. Con su margen de acción cada vez más restringido, el gobierno mandó insistentes mensajes a los dirigentes alemanes, «que son los únicos que realmente apoyan los esfuerzos de España por aproximarse a Europa», para que mantuvieran su confianza en Arias.⁶⁸ El nuevo gobierno de Helmut Schmidt respondió positivamente a esta llamada e ignoró a quienes, como el PSOE, clamaban que la Comunidad Económica Europea no pusiera en marcha las negociaciones para un nuevo acuerdo comercial con un gobierno que trataba de vender una parodia de democratización.⁶⁹ Las negociaciones se iniciaron en noviembre de 1974, y sólo lo alejado de las posiciones iniciales de ambas partes en lo referente a las concesiones arancelarias impidió una rápida conclusión de las mismas.⁷⁰ La postura alemana en los meses siguientes fue que la Comunidad debía aceptar

la propuesta española y cerrar cuanto antes un acuerdo que aportara estabilidad a las relaciones CEE-España en un momento especialmente complicado para este país.⁷¹

Pero la confianza en la capacidad de Carlos Arias para ir poniendo las bases de la democracia en España se iba a ver seriamente dañada en los primeros meses de 1975. En febrero, su proyecto reformista sufrió un duro revés al plegarse el presidente al veto impuesto por el Caudillo a la *asociación política* proyectada por la máxima figura el reformismo franquista, Manuel Fraga.⁷² Ante el ascenso de las protestas de la oposición, y sobre todo de Comisiones Obreras, el nuevo embajador de la RFA en Madrid, Georg von Lilienfeld, advirtió a su gobierno en las semanas siguientes de que España se enfrentaba a serias tensiones si Arias no era capaz de librarse de la sombra de Franco y relanzar la reforma.⁷³ Esta preocupación se convirtió en alarma a mediados de marzo cuando, en respuesta a un intento de golpe de derechas, Portugal se convirtió *de facto* «en una dictadura militar de izquierdas».⁷⁴ El giro al abismo de la Revolución de los Claveles incrementó enormemente el grado de distorsión del *crystal portugués* a través del cual la RFA venía observando la política española. Durante aquellas mismas jornadas en que el Partido Comunista de Alvaro Cunhal, según advertía el socialista Mario Soares en un desesperado SOS a Helmut Schmidt, había dado un paso de gigante en su estrategia de definitivo asalto al poder,⁷⁵ una amplia delegación de la *Junta Democrática* mantuvo contactos en Estrasburgo con miembros del Parlamento Europeo y de la Comisión. La normalidad con la que estas instituciones europeas recibieron a los miembros de una organización ilegal dominada por los comunistas cuyo objetivo declarado era subvertir el orden institucional español produjo la absoluta indignación del gobierno de Franco, que exigió y consiguió de aquellas una disculpa formal.⁷⁶ Comprensivo con la reclamación de Madrid, el embajador de la RFA interpretó la manifestación de fuerza de la oposición en

Estrasburgo como una vuelta de tuerca en la estrategia del PCE dirigida a lograr la *ruptura democrática*. Entendía Lilienfeld que si los reformistas del Régimen se mostraban incapaces de llevar adelante la transición y la oposición terminaba dominando la situación política, la poderosa organización comunista de Carrillo no tardaría, «como ahora [el PC de Cunhal] en Portugal», en acaparar todo el poder.⁷⁷

Bajo la impresión de todos estos acontecimientos, a comienzos de la primavera de 1975 el SPD concluyó que, debido sobre todo a la fuerza del PCE, la transición a la democracia en España corría serio peligro de fracasar. Para contribuir a evitar este oscuro panorama los dirigentes del partido decidieron que, exactamente igual que en Portugal, liderarían una iniciativa del socialismo europeo para apoyar de forma masiva a una organización de izquierdas en España que hiciera de contrapeso a los comunistas.⁷⁸ Esta organización sólo podía ser el PSOE porque, al contrario que el PSI-PSP de Tierno Galván, el partido de Felipe González no había entrado en la *Junta Democrática* y en los últimos meses había mandado a los partidos de la Internacional Socialista señales inequívocas de que confiaba en el príncipe don Juan Carlos como piloto de la transición y se oponía radicalmente a formar un frente común con los comunistas.⁷⁹ Invitado a visitar Bonn en abril, el joven líder del PSOE dejó bien claras sus intenciones ante Willy Brandt al afirmar que «la lucha política decisiva en el periodo de transición tras la muerte de Franco sería entre comunistas y socialistas».⁸⁰ Siguió entonces la exposición de los compañeros alemanes de las medidas de respaldo económico, político y logístico que el SPD y la Fundación Ebert estaban dispuestos a poner en marcha para ayudar a convertir aquel pequeño PSOE, con poco más de 2.000 afiliados y sólo dos liberados, en un partido de masas capaz de alcanzar un buen resultado en las primeras elecciones que convocaría el gobierno de la monarquía.⁸¹

En respuesta a las insistentes llamadas del go-

bierno español para que «acompañase de forma amistosa» el proceso de transición,⁸² el gobierno alemán advirtió a partir de mediados de 1975 que el proyecto reformista basado en las *asociaciones políticas* había sido ya sobrepasado por los acontecimientos y era necesario por tanto abrir un diálogo con la oposición no comunista, muy especialmente con el PSOE. Este mensaje fue expuesto en términos diplomáticos por Helmut Schmidt a Carlos Arias en el encuentro que ambos mantuvieron durante la Cumbre de Helsinki a finales de julio,⁸³ y también por el embajador Lilienfeld al príncipe don Juan Carlos. Mientras el presidente del Gobierno fue muy reticente a seguir el consejo, e incluso se negó a dar satisfacción a una solicitud personal de Willy Brandt para que se devolviera a Felipe González su pasaporte, de forma que éste pudiera realizar una gira de promoción por Europa, el príncipe de España se mostró receptivo e hizo saber a los alemanes que estaba dispuesto a establecer relaciones con los principales partidos de la oposición, a excepción del PCE, apenas sucediera a Franco.⁸⁴

Las ejecuciones a finales de septiembre de 1975 de tres miembros del FRAP y dos de ETA provocaron una explosión de indignación en todo el mundo. Los países de la CEE, a excepción de Irlanda, retiraron a sus embajadores en Madrid. Los sindicatos europeos por su parte pidieron el bloqueo económico del franquismo. Temiendo que la opinión pública arrastrara a los gobiernos europeos a aislar a España, una situación que según el propio PSOE debilitaría a los reformistas en torno al príncipe y a la oposición no comunista dificultando enormemente la transición, Bonn decidió calmar los ánimos en el seno de la CEE.⁸⁵ Dos días antes de las ejecuciones, el Parlamento Europeo había aprobado una dura resolución en la que instaba al Consejo a congelar las relaciones con España hasta que las libertades hubiesen sido reinstauradas en el país. Durante la reunión del Consejo el día 6 de octubre, el ministro de Exteriores alemán Hans-Dietrich Genscher logró convencer

a sus colegas de Holanda y Dinamarca de que la presión externa era contraproducente, tras lo cual fue posible aprobar la siguiente resolución nebulosa: «en el momento presente, no se pueden retomar las negociaciones entre la CEE y España».⁸⁶ Al día siguiente, el embajador alemán regresó a Madrid.

En un ambiente dominado por las intrigas palaciegas y la incertidumbre total sobre el inmediato futuro, a finales de octubre don Juan Carlos asumió la Jefatura del Estado. En los días siguientes, el embajador alemán pidió insistentemente al príncipe que se devolviera a Felipe González su pasaporte para que pudiera asistir al congreso del SPD en Maguncia. El partido alemán había concebido el congreso como un escenario en el que se presentaría como la vanguardia de un renovado socialismo capaz de dar respuestas progresistas a la crisis del continente.⁸⁷ A invitación de Willy Brandt, el *quién* es *quién* de la izquierda democrática europea estaría allí reunido, y el líder del PSOE no podía faltar a la cita para así darse a conocer.⁸⁸ Permitiendo que González atendiera al congreso, dijo el embajador Lilienfeld a don Juan Carlos, el futuro rey estaría mandando una clara señal a la escéptica Europa sobre su voluntad y capacidad de romper con el pasado franquista e iniciar una nueva era de democratización y reconciliación nacional.⁸⁹ Finalmente, el príncipe logró imponer esta decisión a su presidente y Felipe González voló a Alemania para asistir a la última jornada del congreso del SPD.

Como ya vimos al inicio de este ensayo, desde la tribuna del congreso del SPD en Maguncia Felipe González apeló a la conciencia de los dirigentes europeos para que no cometiesen de nuevo el error de dar la espalda a los demócratas españoles. Los veteranos líderes de la socialdemocracia alemana allí presentes seguramente hacían un balance más benévolo de su estrategia dirigida a *uropeizar* la dictadura de Franco. En todo caso, no era el momento de debatir del pasado; eso quedaba a juicio de la Historia. A ellos, como políticos que eran, lo

que les correspondía era mirar hacia adelante y volcarse en apoyo al PSOE, un partido que de forma no previsible se había convertido en elemento central de la política oficial de la RFA hacia España. La profunda crisis mediterránea de mediados de los años setenta había posibilitado que se hiciera realidad para el SPD el sueño de todo partido de izquierdas: que la *realpolitik* dictada por los intereses nacionales estuviera en perfecta armonía con la *solidaridad internacional*. Tan intenso y fructífero iba a resultar en los años siguientes el respaldo solidario del SPD al PSOE que no parecía lógico que esa amistad careciese de profundas raíces. Por ello se creó un relato idealizado del pasado común en el que no había lugar para posiciones tibias de la socialdemocracia alemana hacia el franquismo y sí una constante ayuda y cercanía a los demócratas españoles y sobre todo al PSOE. Que esa *memoria histórica* construida por los propios interesados haya sido asumida durante tantos años de manera casi acrítica por muchos historiadores pone en evidencia, en nuestra opinión, ciertas debilidades en los estudios del franquismo y la transición que es necesario superar si aspiramos a un más profundo conocimiento de nuestra compleja Historia del presente.

NOTAS

- 1 Citado en *Exprés Español* (revista mensual socialista editada en Frankfurt), 64 (enero 1976), p. 11.
- 2 PEREIRA CASTAÑARES, Juan Carlos y MORENO JUSTE, Antonio, «Spain: in the centre or on the periphery of Europe?», en COSTA PINTO, Antonio y SEVERIANO TEIXEIRA, Nuno (eds.), *Southern Europe and the Making of the European Union, 1945-1980s*, New York, Columbia University Press, pp. 62-63.
- 3 CAVALLARO, María Elena, «El europeísmo y la oposición desde el franquismo hasta la Transición democrática», en QUIROSA-CHEYROUZEY MUÑOZ, Rafael (coord.), *Historia de la Transición en España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- 4 ORTUÑO ANAYA, Pilar, *Los socialistas europeos y la transición española (1959-1977)*, Madrid, Marcial Pons, 2005.
- 5 Véase por ejemplo MARTÍN, Óscar José y ORTIZ HERAS, Manuel (coords.), *Claves internacionales en la transición española*, Madrid, Catarata, 2010.
- 6 GUIRAO, Fernando, «The European Community's role in

promoting democracy in Franco's Spain, 1970-1975», en HARST, Jan van der (ed.), *Beyond the Customs Union: The European Community's Quest for Deepening, Widening and Completion, 1969-1975*, Baden-Baden/Brussels/Paris, Nomos Verlag/Bruylant/L.G.D.J., 2007, p. 163.

- 7 La positiva valoración de la política económica del franquismo se debe al más prestigioso economista por entonces en el SPD, BAADE, Fritz, ...*denn sie sollen satt werden. Strategie des Weltkampfes gegen den Hunger*, Stalling, Oldenburg, 1964. En reconocimiento a sus iniciativas para el desarrollo agrario de Andalucía, la Universidad de Sevilla otorgó a Baade el título doctor *honoris causa*.
- 8 Wilhelm Dröscher (diputado del SPD) a Fritz Erler y Herbert Wehner (miembros de la dirección del SPD), sobre su conversación con el Sr. Izquierdo, 19.6.1963; informe de Hans-Eberhard Dingels (director del Departamento de Relaciones Internacionales del SPD) sobre su entrevista en Bonn con Fernando Oliví (director del Departamento de Europa Occidental del Ministerio de Asuntos Exteriores), 1.4.1964. Ambos en *Archiv der sozialen Demokratie (AdsD)*, Bonn, SPD Parteivorstand 11771.
- 9 Acta de la reunión de la dirección del SPD, 11.4.1964, AdsD, SPD Parteivorstandsprotokolle.
- 10 Borrador de un informe de Käte Strobel (parlamentaria del SPD y presidenta de la fracción socialista del Parlamento Europeo) sobre las relaciones exteriores de la CEE, s.f. [primavera de 1964], AdsD, Nachlass Käte Strobel 66.
- 11 ASCHMANN, Birgit, *Treue Freunde? Westdeutschland und Spanien, 1945-1963*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1999; SANZ DÍAZ, Carlos, «España y la República Federal de Alemania (1949-1966). Política, economía y emigración, entre la Guerra Fría y la distensión», tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 2005.
- 12 Informe de Erler a la fracción del SPD en el Bundestag sobre su viaje a España, 4.5.1965, AdsD, Helmut Schmidt Archiv 5038.
- 13 «Wallfahr zum Caudillo», *Christ und Welt*, 5.2.1965; «Erlers Stippvisite», *Die Zeit*, 9.4.1965.
- 14 «Spanien», *Parlamentarisch-Politischer Pressedienst* (boletín interno de la fracción del SPD en el Bundestag), 9.4.1965.
- 15 GUIRAO, Fernando, «The Spanish Socialist Party», en GRIFFITHS, Richard T. (ed.), *Socialist Parties and the Question of Europe in the 1950's*, Leiden/New York/Köln, E.J. Brill, 1993.
- 16 Comunicado del Comité Federal Español del Movimiento Europeo (controlado por el PSOE), 3.6.1964, Archivos Históricos de la Unión Europea, Florencia, Movimiento Europeo 1538. Salvador de Madariaga dimitió como presidente del Comité Federal Español del Movimiento Europeo en desacuerdo con este comunicado. Véase ARRIETA ALBERDI, Leyre, *Estación Europa. La política europea del PNV en el exilio (1945-1977)*, Madrid, Tecnos, 2007, p. 314.
- 17 Pascual Tomás (secretario general de la UGT y presidente del PSOE) a Omer Bécu (secretario general de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres), 16.4.1965, Archivo de la Fundación Largo Caballero, Madrid, 372-381.
- 18 MUÑOZ SÁNCHEZ, Antonio, «Entre dos sindicalismos.

- La emigración española a la RFA, los sindicatos alemanes y la Unión General de Trabajadores, 1960-1964», *Documento de Trabajo de la Fundación 1º de Mayo*, 1 (2008).
- ¹⁹ MATEOS LÓPEZ, Abdón, *Exilio y clandestinidad. La reconstrucción de la UGT, 1939-1977*, Madrid, UNED, 2001, pp. 158 y ss.
- ²⁰ Informe del encuentro entre miembros del Comité Federal Español del Movimiento Europeo y de la fracción socialista del Parlamento Europeo, 28.9.1966, AdsD, IG Metall 5/IGMA071606.
- ²¹ Enrique Gironella a Rodolfo Llopis, 15.11.1966, Archivo de la Fundación Pablo Iglesias (AFPI), Alcalá de Henares, AJGG 559-24.
- ²² ASCHMANN, Birgit, «The Reliable Ally: Germany Supports Spain's European Integration Efforts, 1957-67», *Journal of European Integration History*, 7-1 (2001), pp. 37-51.
- ²³ «Brandt unterstützt Spaniens EWG-Wünsche», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 9.12.1966.
- ²⁴ Boletín interno del SPD, de fecha no identificada, entregado por un miembro del partido al embajador español en Bonn, José de Erice, y remitida por éste a Madrid. Erice a Nerva, 14.12.1966, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, (AMAE), Madrid, R.10177-1.
- ²⁵ TÜRK, Henning, *Die Europapolitik der Grossen Koalition, 1966-1969*, München, Schriftenreihe der Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte, 93, 2006, capítulos I y II.
- ²⁶ APEL, Hans, «Spanien und die EWG», *Pressemitteilungen und Informationen*, 16.1.1967.
- ²⁷ ASCHMANN, Birgit, «The Reliable Ally», *ob. cit.*, pp. 44-45.
- ²⁸ BONDY, François, «Umgang mit Diktaturen: Griechenland, Spanien, Portugal», publicación desconocida, s.f. [c. abril 1968], consultable en Politisches Archiv-Auswärtiges Amt (PAAA), Berlín, B1/339.
- ²⁹ Sobre la generalizada simpatía en la RFA hacia Franco y su régimen hasta 1966, véase WOHLFEIL, Rainer, «Der spanische Bürgerkrieg 1936-1939. Zur Deutung und Nachwirkung», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 2 (1968), pp. 101-119.
- ³⁰ SANZ DÍAZ, Carlos, «Las movilizaciones de los emigrantes españoles en Alemania bajo el franquismo. Protesta política y reivindicación sociolaboral», *Migraciones y Exilios*, 7 (2006), pp. 51-80.
- ³¹ Sobre las múltiples medidas de apoyo de Matthöfer al antifranquismo, véase ABELSHAUSER, Werner, *Nach dem Wirtschaftswunder. Der Gewerkschaftler, Politiker und Unternehmer Hans Matthöfer*, Bonn, Dietz, 2009, pp. 216-240.
- ³² MATTHÖFER, Hans, «Seltsames Zusammenspiel zwischen Bonn und Madrid», *Frankfurter Rundschau*, 3.8.1967.
- ³³ Caso extremo fue el ministro de Exteriores Gregorio López Bravo, quien bromeó con su homólogo Walter Scheel en 1970 diciéndole que quizás un día tendría que pedir asilo político en la RFA. *Akten zur Auswärtigen Politik der Bundesrepublik Deutschland (AAPD)* 1970, doc. 172.
- ³⁴ AAPD 1968, doc. 355.
- ³⁵ Embajador Helmut Allardt al Ministerio Federal del Asuntos Exteriores (Auswärtiges Amt) sobre la situación política en España, PAAA, B26/389, 10.10.1967.
- ³⁶ Otto Brenner (presidente del IG Metall) a Willy Brandt, 13.3.1968, AdsD, IMB 885; Brandt a Brenner, 19.3.1968, AdsD, WBA A11.1/1.
- ³⁷ Secretario de Estado Paul Frank (desde Abiyán) al Auswärtiges Amt comunicando la decisión de Brandt de cancelar la visita a España, 29.3.1968, PAAA, B1/339. Hasta muy recientemente, nuestra historiografía dio por buena la versión interesada que de aquellos hechos hizo por entonces el PSOE. Para hacer creer que el partido seguía teniendo peso en Europa, Rodolfo Llopis dio a entender en *Le Socialiste* que él había influido en la decisión de Brandt de no viajar a Madrid.
- ³⁸ Hans Matthöfer pidió explicaciones al gobierno por este tema en el Bundestag. *Verhandlungen des Deutschen Bundestages*, quinta legislatura, sesión del 28 de febrero de 1969, pp. 11852-11854.
- ³⁹ Propuesta del Dr. Hansen a su ministro Brandt sobre reacción al estado de excepción en España (26.2.1969), refrendada por Brandt con su firma (1.3.1969), PAAA, B26/387.
- ⁴⁰ Informe del Auswärtiges Amt sobre relaciones España-CEE, 26.2.1969, PAAA, B20/200-1484.
- ⁴¹ Informe de la embajada alemana sobre visita de Scheel a España, 12.3.1970, PAAA, B20/1852.
- ⁴² Informe del Auswärtiges Amt sobre el nuevo gobierno español, diciembre 1969, PAAA, B1/340.
- ⁴³ *Ibidem*.
- ⁴⁴ MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere, *La anatomía del franquismo*, Barcelona, Crítica, 2008, pp. 141 y ss.
- ⁴⁵ ORTUÑO ANAYA, Pilar, *Los socialistas europeos*, *ob. cit.*, pp. 190-194.
- ⁴⁶ MUÑOZ SÁNCHEZ, Antonio, «La Fundación Ebert y el socialismo español de la dictadura a la democracia», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 29 (2007), pp. 257-278.
- ⁴⁷ Embajador de la RFA ante la CEE, Hans-Georg Sachs, al Auswärtiges Amt sobre conversación con su homólogo español Alberto Ullastres, 12.2.1971, PAAA, B20/1854.
- ⁴⁸ José de Erice a López Bravo, 31.12.1970, AMAE, Política Exterior 1970, caja 6.
- ⁴⁹ Referido en un informe de Sachs al Auswärtiges Amt, 15.2.1971, PAAA, B20/1854.
- ⁵⁰ Nota del Auswärtiges Amt sobre la inminente ejecución, 26.2.1974, PAAA, Zwischenarchiv 105669.
- ⁵¹ «Madrid: Das grosse Warten auf die Zukunft», *Parlamentarisch-Politischer Pressedienst*, 2.4.1973.
- ⁵² Informe de la embajada alemana sobre la política española en 1973, 25.1.1974, PAAA, Zwischenarchiv 101440.
- ⁵³ Informe sobre la visita del príncipe don Juan Carlos a la RFA, 9.10.1972, PAAA, B26/454.
- ⁵⁴ Informe de Ruyter (Auswärtiges Amt) al secretario de Estado Hans Apel sobre las relaciones España-CEE, 23.3.1973, PAAA, Zwischenarchiv 105669.
- ⁵⁵ Rodolfo Llopis a Rolf Reventlow (periodista alemán afiliado desde 1937 al PSOE), 27.3.1968, AFPI, AE-595-9.
- ⁵⁶ «Adelante con los faroles», *Le Socialiste*, 14.5.1970.
- ⁵⁷ Veronika Isenberg a Hans-Eberhard Dingels (ambos del departamento de Relaciones Internacionales del SPD) sobre sesión del Buró de los Partidos Socialistas de la CEE, 21.12.1970, AdsD, SPD Parteivorstand 2811.
- ⁵⁸ Ludwig Rosenberg (presidente de la DGB) a Willy Brandt, 28.9.1972; Brandt a Rosenberg, 9.11.1972. Ambos en AdsD,

- WBA A11.2/15.
- ⁵⁹ Así lo entendía el PSI, según se expresa en su informe sobre las relaciones España-CEE, 29.9.1972, AdsD, SPD Parteivorstand I1423.
- ⁶⁰ Tina Díaz (esposa de Enrique Múgica) a Hans Matthöfer, 23.2.1973, AdsD, Nachlass Hans Matthöfer 0258.
- ⁶¹ Como señala Abdón Mateos, Suresnes es un «incombustible mito político que ha terminado confundiendo la memoria». El relato heroico hace aparecer en el congreso a líderes del socialismo europeo que en realidad no asistieron, como Bruno Kreisky y Willy Brandt. Véase, por ejemplo, CARVAJAL, Pedro y MARTÍN CASAS, Julio, *Memoria socialista. 125 años*, Madrid, Temas de Hoy, 2005, p. 174. La cita sobre Suresnes, en MATEOS, Abdón, *Historia y memoria democrática*, Madrid, Eneida, 2007, p. 50.
- ⁶² MUÑOZ SÁNCHEZ, Antonio, «La socialdemocracia alemana y el Estado Novo (1961-1974)», *Portuguese Studies Review*, 13.1-2 (2005), pp. 477-503.
- ⁶³ «Madrid: Wieder einmal 'Apertura'-Hoffnungen», *Parlamentarisch-Politischer Pressedienst*, 18.3.1974.
- ⁶⁴ WILKENS, Andreas, «Willy Brandt und die europäische Einigung», en KÖNIG, Mareike y SCHULZ, Matthias (Hg.), *Die Bundesrepublik Deutschland und die europäische Einigung, 1949-2000*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2004.
- ⁶⁵ VARSORI, Antonio (coord.), *Alle origini del presente. L'Europa occidentale nella crisi degli anni Settanta*, Milano, Franco Agnelli, 2007.
- ⁶⁶ La *Südpolitik* es un tema marginal en la masa de estudios sobre la política exterior de Brandt. Véase BANGE, Oliver, «Ostpolitik-Etappen und Desiderate der Forschung. Zur internationale Einordnung von Willy Brandts Aussenpolitik», *Archiv für Sozialgeschichte*, 46 (2006), pp. 713-736.
- ⁶⁷ SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep, *La revolución portuguesa y su influencia en la transición española (1961-1976)*, Madrid, Neira, 1993, capítulo V.
- ⁶⁸ Embajador de la RFA en Madrid, Georg von Lilienfeld, al Auswärtiges Amt sobre su encuentro con el ministro de Exteriores Pedro Cortina, 31.8.1974, PAAA, Zwischenarchiv I01441. La cita reproduce palabras textuales del ministro.
- ⁶⁹ Manifiesto firmado por Felipe González y Nicolás Redondo y dirigido por el secretario general de la CIOSL al Consejo de ministros de la CEE, 22.11.1974, PAAA, Zwischenarchiv I05669.
- ⁷⁰ TROUVÉ, Matthieu, *L'Espagne et l'Europe. De la dictature de Franco à l'Union européenne*, Bruxelles, Peter Lang, 2008, pp. 154-157.
- ⁷¹ Informe del Auswärtiges Amt sobre relaciones CEE-España, 31.1.1975, PAAA, Zwischenarchiv I05669.
- ⁷² TUSELL, Javier y G. QUEIPO DE LLANO, Genoveva, *Tiempo de incertidumbre. Carlos Arias Navarro entre el franquismo y la Transición (1973-1976)*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 153 y ss.
- ⁷³ Lilienfeld al Auswärtiges Amt, 6.3.1975, PAAA, Zwischenarchiv I10257.
- ⁷⁴ Embajador de la RFA en Lisboa, Fritz Caspari, al Auswärtiges Amt, 14.3.1975, PAAA, Zwischenarchiv I13503.
- ⁷⁵ Nota para el canciller sobre el mensaje de Soares, 21.3.1975, AdsD, Nachlass Bruno Friedrich 1536.
- ⁷⁶ Telegrama de Pedro Cortina a los embajadores españoles en las capitales de los Nueve con instrucciones para un démarche ante el gobierno correspondiente, 22.3.1975, AMAE, 60/08-13 (E).
- ⁷⁷ Lilienfeld al Auswärtiges Amt, 18.3.1975, PAAA, Zwischenarchiv I10257.
- ⁷⁸ Acta de la sesión del Comité para Relaciones Internacionales de la dirección del SPD, 21.3.1975, AdsD, Nachlass Bruno Friedrich I00352.
- ⁷⁹ Informe de Veronika Isenberg sobre la sesión del Comité España de la Internacional Socialista celebrado en Londres el 12 de enero de 1975, 21.1.1975, AdsD, SPD Parteivorstand I1423.
- ⁸⁰ Informe de Dingels sobre la visita de González, 23.4.1975, AdsD, SPD Parteivorstand I1491.
- ⁸¹ MUÑOZ SÁNCHEZ, Antonio, «La política del SPD hacia el PSOE desde la dictadura a la democracia (1962-1977). De la solidaridad a la *realpolitik*», tesis doctoral, Florencia, Instituto Universitario Europeo, 2010, capítulo 3.
- ⁸² Nota sobre el encuentro del jefe de la Cancillería con el ministro español de Presidencia, 24.6.1975, AdsD, Helmut Schmidt Archiv 7077.
- ⁸³ AAPD 1975, doc. 242.
- ⁸⁴ Lilienfeld al Auswärtiges Amt sobre su conversación con don Juan Carlos, 6.8.1975, PAAA, Zwischenarchiv I10257.
- ⁸⁵ Nota del Auswärtiges Amt sobre las ejecuciones, 30.9.1975, PAAA, Zwischenarchiv I10258.
- ⁸⁶ Informe del Auswärtiges Amt sobre relaciones España-CEE, 10.10.1975, PAAA, Zwischenarchiv I05669.
- ⁸⁷ Hasta entonces el SPD no había mostrado interés en coordinar con otros partidos socialistas su política europea. Véase HIEPEL, Claudia, «Europa gehört keiner Partei': Die SPD und der Weg vom Socialist Information and Liaison Office zur Sozialdemokratischen Partei Europas», en MITTAG, Jürgen (Hg.), *Politische Parteien und europäische Integration. Entwicklung und Perspektiven transnationaler Parteikooperation in Europa*, Essen, Klartext, 2006.
- ⁸⁸ «Die Linke auf Tauchstation», *Die Zeit*, 14.11.1975.
- ⁸⁹ Lilienfeld al Auswärtiges Amt sobre su conversación con don Juan Carlos, 10.11.1975, PAAA, Zwischenarchiv I10257.

